

Introducción al Dossier

Prácticas, consumos y políticas culturales

Marina Moguillansky¹

El estudio de las prácticas culturales, articulado con la tradición de investigación de los consumos y políticas culturales es una de las áreas más vibrantes de la sociología actual. En los últimos años, la centralidad de la teoría de Pierre Bourdieu –casi como vocabulario de la sociología de la cultura– con el énfasis en la distinción y la articulación entre clase social y estilos de vida, se ha visto desafiada por la aparición de críticas, revisiones y nuevos modos de entender las prácticas culturales y sus relaciones con lo social. De hecho, el estudio de prácticas, consumos y políticas culturales se transformó radicalmente en América Latina en las últimas dos décadas, tanto por la recepción de novedades teórico-metodológicas como por la emergencia de iniciativas públicas de producción sistemática de datos sobre consumos culturales y por el despliegue más ambicioso de políticas culturales democratizadoras.

Por ello dedicamos este dossier a reunir una serie de trabajos que analizan prácticas, consumos y políticas culturales heterogéneas, desde miradas que problematizan el modo de conceptualizar la relación de los sujetos con ciertos objetos culturales, las formas de intervención del Estado en el terreno de la cultura y la construcción del valor cultural a través del consumo. En esta presentación, propondré en primer lugar un breve recorrido por las propuestas bourdeanas sobre los gustos y estilos de vida, para luego introducir las principales líneas críticas que han surgido en época reciente. A continuación, describiré algunos hitos de la investigación sobre prácticas y consumos culturales en América Latina, finalizando con la propuesta sintética de una agenda contemporánea.

La distinción: gustos, estilos de vida y afinidades electivas

La publicación del libro fundamental de Bourdieu, *La Distinción. Crítica social del gusto*, en 1979 estableció las bases de las principales discusiones sobre las prácticas culturales, los gustos y los estilos de vida. Su tesis central era la relación constitutiva entre las posiciones sociales y las prácticas culturales, planteando con claridad que el universo cultural y estético estaba atravesado por la lógica de la dominación y las desigualdades sociales. La mirada bourdeana sobre los gustos cuestionó su supuesta “arbitrariedad” y mostró sus condicionantes sociales al desarrollar un estudio sistemático de los estilos de vida en la sociedad francesa.

La arquitectura metodológica de *La distinción* es sumamente compleja pues combina varias técnicas para la producción y análisis de los datos. En primer lugar, el equipo de investigación realizó una encuesta en 1963 en París, Lille y una ciudad provinciana pequeña, con un

¹ Instituto de Altos Estudios Sociales - Universidad Nacional de San Martín. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. mmoguillansky@gmail.com

total de 692 casos. El cuestionario incluía preguntas sobre gustos y elecciones culturales (en música, pintura, teatro, fotografía) y una serie de preguntas de caracterización sociodemográfica. Luego esta muestra fue ampliada con una encuesta complementaria que se realizó entre 1967 y 1968, utilizando el mismo cuestionario, con lo que logró duplicar el tamaño hasta llegar a los 1217 casos. Se utilizaron también otras encuestas sobre gustos y consumos del *Institut national de la statistique et des études économiques* (INSEE), que sirvieron para ubicar los datos recabados en un contexto más amplio.

Luego se hicieron análisis de datos basados en la técnica del Análisis de Correspondencias Múltiples,² originalmente desarrollada por el matemático Jean-Paul Benzecri (Duval, 2016: 255). Esta técnica estadística permitió articular las posiciones de los agentes en el espacio social con sus elecciones culturales y estéticas. Así, el equipo de investigación logró identificar una serie de “estilos de vida” que surgían de la ubicación próxima de ciertas elecciones culturales. Como relata Monique de Saint Martin (2015), el paso siguiente tuvo lugar en 1974 y consistió en entrevistas en profundidad a sujetos que se seleccionaron por considerarlos representantes de dichos estilos de vida: un gran burgués, un ejecutivo joven, un profesor de la universidad, una enfermera, un técnico, la esposa de un panadero, etc. De estas entrevistas provienen los extractos que se incluyeron en *La distinción*, en viñetas, a modo de ilustración de los estilos de vida mencionados.

La propuesta teórica de *La distinción* articula los conceptos de espacio social, campo cultural y habitus, estilo de vida, distinción y afinidades electivas conformando así un programa de investigación para la sociología de la cultura. Bourdieu reconstruye su concepción de las clases sociales a partir del planteo de un espacio social multidimensional, que se estructura como un espacio de relaciones entre posiciones. La posición de los actores en dicho espacio se determina por el volumen de capital que poseen, su composición (económica y/o cultural) y su trayectoria en el tiempo. La experiencia social de los actores, que se produce en una posición del espacio social, sedimenta en un habitus. El habitus designa “un sistema de disposiciones éticas y estéticas adquiridas en el curso de la educación a través de una internalización de estructuras sociales, las cuales, a su vez, estructuran las percepciones, juicios y prácticas de los grupos sociales” (Sapiro, 2016: 94). Combina *hexis* y *ethos*: una manera de ser que se inscribe en el cuerpo y se hace gesto, por un lado, y una ética, una concepción del mundo, un carácter moral. En tanto concepto mediador, el habitus explica la articulación de posiciones en la estructura social con elecciones y tomas de posición tanto culturales como políticas. Así se entienden las afinidades electivas entre sujetos que pertenecen a grupos sociales cuya posición en el espacio social es -o ha sido- similar.

En *La distinción* se formula la tesis de la homología estructural entre los campos, que explica las correspondencias entre producción y demanda de objetos culturales; entre el espacio social y el espacio de los estilos de vida; entre las elecciones culturales y las tomas de posición política, etc. Según lo enuncia Bourdieu: “El principio de la homología funcional y estructural que hace que la lógica del campo de producción y la lógica del campo de

² Se trata de una técnica de análisis de datos que provee una representación geométrica de posiciones como un modo de resumir las relaciones entre variables categóricas (Meuleman y Savage, 2013).

consumo sean concertadas de manera objetiva, reside en el hecho de que todos los campos especializados (...) tienden a organizarse según la misma lógica” (1988: 230). Esta lógica es la que opone por un lado al polo dominante y al polo dominado; que opone a la ortodoxia conservadora del status quo y a la heterodoxia o vanguardia que viene a cambiar las reglas; a los sectores con mayor volumen global de capital y a aquellos con menor capital: en cada campo, esa oposición adquiere formas y modulaciones específicas, pero siempre encuentra sus equivalentes funcionales.

Esta apuesta por una metodología compleja casi no se ha repetido en la sociología de la cultura, pero el trabajo de Bourdieu se convirtió en un verdadero programa de investigación inspirando nuevas líneas de indagación, generando hipótesis y conceptos que trascendieron a su círculo e influyeron no solo en Francia, sino en otros países (Sapiro, 2016). Los conceptos de campo cultural, habitus, capital cultural, estilo de vida, distinción, gusto legítimo, buena voluntad cultural, forman parte del vocabulario básico de la sociología de la cultura.

Más allá de Bourdieu: nuevas perspectivas y debates

En la sociología cultural norteamericana han surgido las que actualmente se erigen como nuevas perspectivas para el estudio de las prácticas culturales, más allá de la perspectiva de la distinción social: por un lado, la teoría de los mundos del arte de Howard Becker; por otro lado, la tesis del omnivorismo cultural, de Richard Peterson y otros, asociada a la corriente conocida como la “producción de la cultura” (Benzecry, 2012: 12). En ambos casos, discuten algunos de los supuestos sustantivos de la teoría cultural de Bourdieu.

La propuesta de Becker aparece con claridad en *Los mundos del arte* (editado por primera vez en 1982) y luego en *El jazz en acción: la dinámica de los músicos sobre el escenario* (2011). La idea central es que podemos pensar a la cultura y el arte principalmente como una actividad colectiva, como un trabajo que hacen algunas personas (desplazando la mirada de las obras de arte y llevándola a los procesos de elaboración). La idea de un mundo de arte se refiere a “la red de personas cuya actividad cooperativa, organizada a través de su conocimiento conjunto de los medios convencionales de hacer cosas, produce un tipo de trabajos artísticos que caracterizan al mundo del arte” (Becker, 1982: 10).

El arte y la cultura pueden estudiarse, entonces, como logros cooperativos entre personas e instituciones, producidos gracias a la coordinación que posibilitan las convenciones sobre cómo hacer las cosas. Las convenciones son saberes codificados que simplifican las tareas, permiten la división del trabajo y hacen más eficaz y menos costoso el trabajo artístico. Las convenciones existen en distintas modalidades, ya sea como normas escritas, como saberes informales compartidos o como incrustaciones en objetos y/o tecnologías. El mundo del arte (y de la cultura) es pensado entonces como un mundo de interdependencias, en el cual el trabajo cooperativo entre distintos actores especializados resulta fundamental y cada eslabón condiciona el resultado final del trabajo; de esta manera, Becker enfatiza un aspecto que la teoría de los campos de Bourdieu en cierta medida dejaba sin examinar. Si Bourdieu destacaba el carácter agonístico de los campos culturales, la lucha entre ortodoxia y heterodoxia como aspecto constitutivo de los mismos, la idea de los mundos del arte por el contrario pone el acento en la lógica cooperativa y en la interdependencia entre distintos actores.

La teoría de los mundos del arte presta atención a las características materiales de la cultura, a las posibilidades e imposibilidades técnicas de producir cierto tipo de música, pintura o cine, que resultan de las convenciones incorporadas en instrumentos, formación de recursos humanos, elaboración de insumos e incluso en la legislación vigente. Así, se vuelve relevante tener en cuenta la infraestructura de la producción cultural, las instituciones y las normas que la rigen en forma directa o indirecta.

La sociología de los mundos del arte tiene como premisa una puesta entre paréntesis de las jerarquías con las que pensamos habitualmente el arte y la cultura. La idea de que el trabajo creativo corresponde únicamente a un individuo genial es confrontada con el registro de todas las instancias necesarias para la producción cultural. Las obras de arte canonizadas son pensadas en un continuum con respecto al resto de la producción cultural, incluyendo el folklore y el amateurismo. El rol de la crítica de arte y de los públicos es examinado también como parte necesaria del funcionamiento de los mundos del arte. Las relaciones entre artistas, críticos y público están reguladas también por convenciones que establecen los formatos del vínculo, ciertos derechos y obligaciones que caben a cada parte. Por todos estos rasgos, la teoría del arte de Becker ha sido descripta como “anti-trascendentalista” (Highmore, 2016: 161).

Otro tipo de desafíos a la teoría de Bourdieu provino de la sociología de la producción de la cultura –diferente, aunque a veces asociada con la perspectiva de Becker, ya que comparte algunos supuestos– que tiene a sus principales representantes en Paul DiMaggio y Richard Peterson. De allí surgió la teoría del omnivorismo cultural, que con frecuencia se cita como demostración del fracaso de la teoría de la distinción. A mediados de la década de 1990, Richard Peterson desarrolla el concepto de “omnivorismo” para dar cuenta del eclecticismo en los gustos de las clases dominantes en los Estados Unidos (Peterson y Kern, 1996). El ámbito privilegiado de estos trabajos fue el gusto musical: se utilizaron encuestas, entrevistas y otras técnicas para indagar acerca de las preferencias y elecciones musicales de los sujetos, buscando correlacionar sus gustos con sus posiciones sociales. Los resultados que obtenían desafiaban las hipótesis bourdesianas: los sectores de clase media y alta consumían tanto música culta como música popular, en una variedad y amplitud que llevó a los investigadores a postular la tesis del “omnivorismo cultural”. Este tipo de consumo abierto a la diversidad de contenidos suponía una posición diferente al “snobismo” que postulaba la teoría de la distinción.

La tesis del omnivorismo cultural podía articularse con el trabajo de Paul DiMaggio que mostraba que se estaban erosionando las fronteras entre cultura popular y alta cultura (DiMaggio, 1987). La teoría del omnivorismo postula entonces un cambio cultural que estaría signado por la emergencia de un nuevo tipo de consumidor cultural, abierto a contenidos muy diversos, que no siguen las líneas demarcatorias del gusto legítimo, sino que mezclan objetos culturales heterogéneos. Sin embargo, la emergencia de estos perfiles omnívoros “no necesariamente implica el final del tipo de distinciones que señalaba Bourdieu sino más bien su reformulación” (Wright, 2006: 570). Los desarrollos recientes basados en estas ideas han incluido el omnivorismo en el ámbito de la comida (Warde, 1999), la lectura (Zavisca, 2005) y el cine (Ciccheli y Octubre, 2017), entre otros.

Por otro lado, la figura de Henry Jenkins también aportó una mirada diferenciada a la de Bourdieu sobre las prácticas y consumos culturales, en particular con respecto a la cultura

popular mediática. Jenkins se formó con John Fiske y fue un temprano lector de Michel De Certeau, en los Estados Unidos, introduciendo sus ideas sobre el carácter activo y productivo de la lectura. Ya en *Textual poachers. Television fans & participatory culture*³, Jenkins recupera el concepto decertausiano de los “cazadores furtivos” (poachers) de textos, destacando la faceta productiva de la relación de los sujetos con la cultura popular. En sus siguientes trabajos, en particular en *La cultura de la convergencia* (2008) y *Fans, bloggers y videojuegos* (2009), siguió desarrollando una concepción compleja sobre las culturas populares mediáticas y sus usuarios, atendiendo siempre a la heterogeneidad de prácticas heurísticas, a la interpenetración entre textos mediáticos y vida cotidiana. A su vez el aporte de Jenkins permitía plantear nuevas preguntas sobre el consumo cultural y las prácticas recreativas en torno de ciertos íconos mediáticos.

Más allá de las innovaciones de los estudios culturales, las ciencias de la comunicación y la sociología cultural de los Estados Unidos, en Francia también surgieron nuevas perspectivas en abierta discusión con las tesis de Bourdieu. En 1989 se publica en *Le savant et le populaire*, que fue rápidamente traducido al español (1992) y tuvo una amplia circulación en las ciencias sociales latinoamericanas. La revisión crítica que proponían Grignon y Passeron –antiguos colaboradores de Bourdieu– se volvía sobre todo contra lo que señalaban como “legitimismo” y “dominocentrismo”, una mirada sobre lo social situada desde la perspectiva de los sectores dominantes, y carente, por lo tanto, de herramientas apropiadas para analizar las culturas populares. Algunos años más tarde, un antiguo colaborador suyo, Bernard Lahire (2004, 2007), desarrolló una revisión crítica de la teoría de los campos, de la noción de habitus y de la idea de homología estructural. Aun manteniendo algunas de las bases teóricas de la sociología de Bourdieu, la unicidad del habitus y del estilo de vida fueron criticados por Lahire, que en cambio propuso pensar en “el hombre plural” y en múltiples instancias de socialización. La teoría del hombre plural de Lahire se presenta como continuadora de una cierta tradición disposicionalista en el estudio de la acción social y de esta manera, declara su afinidad con la propuesta de Bourdieu, razón por la cual se lo conoce como un “pos-bourdeano”.

También en el ámbito de la sociología francesa, las indagaciones de Antoine Hennion sobre la pasión musical, los aficionados y la cuestión del gusto vienen a cuestionar radicalmente a la sociología de la cultura, en particular en su versión bourdeana. Influidos por los trabajos de Bruno Latour y de la teoría ANT (Actor-Network-Theory), Hennion se inscribe en la sociología pragmática, buscando renovar la mirada de la sociología sobre las prácticas culturales. La idea de la simetría entre sujetos y objetos, así como también entre científicos y legos, se traduce en un tipo de sociología cultural que se toma en serio a los actores, a sus prácticas y a su capacidad reflexiva, que toma en cuenta la materialidad del entorno, las mediaciones que permiten concretar ciertas prácticas culturales y los modos en que los objetos resisten, y a su vez, moldean esas prácticas. Según Hennion, la sociología necesita “respetar a los objetos y a los actores que se aferran a ellos” (Hennion, 2017: 10). El gusto será pensado –y estudiado– como experiencia, como apreciación que vincula activamente a ciertos objetos con sus aficionados, en abierta discusión con la noción de “illusio” de Bourdieu.

3 Su publicación original fue en 1992, pero se tradujo al español sólo en 2010, como *Piratas de textos. Fans, cultura participativa y televisión*.

Por último, se han señalado algunas dimensiones del cambio sociocultural que tornan necesaria una renovación de las perspectivas teórico-metodológicas sobre las prácticas y los consumos culturales. Como señala Leandro González (2018), la teoría cultural de Bourdieu es en lo esencial previa al desarrollo de las tecnologías digitales, al impacto masivo de la televisión y las industrias culturales en la configuración de los gustos y al auge de la globalización. Sus trabajos son previos a una serie de transformaciones históricas que modificaron radicalmente nuestras formas de practicar y consumir objetos culturales. La aparición y rápida difusión de Internet, de los medios electrónicos, la convergencia digital y la disponibilidad de contenidos culturales en las pantallas móviles, así como la emergencia de Google, YouTube, Facebook, Amazon, Netflix hicieron posible una nueva globalización cultural, con lógicas de conectividad y de viralización que eran desconocidas hace tan solo veinte años.

Los estudios de prácticas y consumos culturales en América Latina

En América Latina y en particular en la Argentina la introducción de la sociología de la cultura de Bourdieu fue bastante temprana. Si bien *La distinción* se tradujo al español solo en 1988 (casi diez años después de la edición francesa), se habían traducido *Los estudiantes y la cultura* (en 1968), *El oficio del sociólogo* (en 1975) y *La reproducción* (en 1977). Un artículo importante (“La producción de la creencia [contribución a una economía de los bienes simbólicos]”), que plantea algunas de las ideas centrales de la teoría de la cultura de Bourdieu, fue traducido por Beatriz Sarlo para la revista *Punto de Vista*, en 1977. En 1980, ella y Carlos Altamirano publicarán en coautoría el libro *Conceptos de sociología literaria*, por el Centro Editor de América Latina. Luego publicarán *Literatura/Sociedad* y *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, en los cuales utilizaban (y discutían) conceptos e hipótesis bourdieanas para pensar la construcción del campo literario en Argentina. Sin embargo, estas lecturas y usos de Bourdieu se centraban en sus aportes para una sociología de la literatura, mientras que las hipótesis y preguntas que *La distinción* abría con respecto a las prácticas culturales, los gustos y los estilos de vida quedaban relegadas.

Una figura fundamental para la difusión de las ideas de Bourdieu y su incorporación a los estudios culturales latinoamericanos fue Néstor García Canclini, quien desde México se ocupó también de la introducción (y traducción) de las ideas de Bourdieu en América Latina, prestando mayor atención a la cuestión de las prácticas y consumos culturales. En 1990 Canclini escribió un extenso prólogo al libro *Sociología y Cultura*, que contenía varios de los trabajos más importantes de Bourdieu, y que tuvo una amplia circulación en Argentina, resultando una suerte de puerta de entrada para su obra. En Brasil, fue muy importante el rol de Sergio Miceli, cuya tesis de doctorado fue dirigida por Bourdieu y que publicó en San Pablo una compilación de sus textos con el título *A Economia das Trocas Simbólicas*; también fue importante Renato Ortiz, que difundió los textos y la perspectiva de Bourdieu en su sociología (Baranguer, 2008). La perspectiva de Bourdieu tuvo una gran aceptación, transformándose casi en un lenguaje común de la sociología de la cultura e ingresando en la bibliografía de la mayor parte de los programas formativos.

A través de la figura de García Canclini se produjo la articulación decisiva de la teoría cultural de Bourdieu, junto con otras influencias teóricas, para formular un programa de investigación latinoamericano sobre las prácticas culturales, los consumos mediáticos y los estilos de

vida. En la década de 1980, García Canclini coordinó el *Grupo de Trabajo de Políticas Culturales de CLACSO*, donde se nuclearon diversos investigadores y desde el cual “se alentó un conjunto de estudios sobre diversos consumos en Buenos Aires, Santiago de Chile, Sao Paulo y México a finales de los años ochenta” (Rosas Mantecón, 2002: s/n). El problema principal con que se enfrentaban era la falta de información sobre prácticas y consumos culturales que debía servir como base para el diseño de políticas. Fue en ese marco intelectual que se produjo la propuesta teórica de estudiar el “consumo cultural”, articulando así dos conceptos (cultura y consumo) que hasta entonces se pensaban como separados y casi antagónicos. El paradigma económico de la producción, la distribución y el consumo podía utilizarse también para pensar un tipo especial de “mercancías”: las culturales.

En la discusión teórica sobre el concepto de consumo, la perspectiva bourdeana se complementaría con las ideas de Mary Douglas y Baron Isherwood, en *El mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo*, que se había publicado en castellano en 1990, y en el cual los autores proponían pensar al consumo como proceso ritual vinculado a la producción de significados, entendiendo que los sujetos al consumir seleccionan ciertos bienes que “son necesarios para hacer visibles y estables las categorías de una cultura” (Douglas e Isherwood, 1990: 74), construyendo así un universo de sentido –la idea de que las mercancías sirven para pensar, luego sería desarrollada por Canclini–. También se combinaron productivamente con la lectura de Michel De Certeau, cuyos trabajos reunidos en *La invención de lo cotidiano* resultaría inspiradora, en particular por su distinción entre tácticas y estrategias, y sobre todo por su replanteo del consumo como práctica inventiva y creadora. La síntesis teórica proponía una definición del consumo cultural como “el conjunto de procesos de apropiación y usos de productos en los que el valor simbólico prevalece sobre los valores de uso y de cambio, o donde al menos estos últimos se configuran subordinados a la dimensión simbólica” (García Canclini, 1999: 42).

Como resultado de la actividad del Grupo de Trabajo de CLACSO se publicaron una serie de libros que avanzaron en el estudio de los consumos culturales en las capitales de varios países de América Latina, con la inspiración de las discusiones teórico-metodológicas que se sostuvieron en esos años. Algunos de los títulos fueron: *Públicos y consumos culturales en Buenos Aires* (Landi, Vachieri y Quevedo, 1990), *Consumo cultural en Chile: la elite, lo masivo y lo popular* (Catalán y Sunkel, 1990), *El consumo cultural en México* (García Canclini y otros, 1993) y *Horas furtadas. Ensaio sobre consumo e entretenimento* (Arantes, 1995). Estas investigaciones se basaron en encuestas con un cuestionario compartido, que fue diseñado por el Grupo de CLACSO, en el cual se indagaba acerca de las prácticas y hábitos de consumo de medios (televisión, prensa, radio) y sobre los usos del tiempo libre, incluyendo asistencia a espectáculos (cine, teatro, ópera, conciertos, ballet, recitales, paseos), así como una serie de preguntas sociodemográficas.

Hacia fines de la década de 1990, con apoyo del Convenio Andrés Bello se realizan encuentros de investigadores latinoamericanos en torno del estudio de los consumos culturales, y como corolario, en 1999 se publica el libro *El Consumo Cultural en América Latina*, compilado por Guillermo Sunkel, con trabajos de Jesús Martín Barbero, García Canclini, Elizabeth Lozano, Guillermo Orozco, María Cristina Mata, Patricia Terrero y otros. Este libro marcó un hito pues representaba un esfuerzo y un logro colectivo de trabajo al producir e interpretar datos sobre

consumos culturales en diferentes países del continente. De alguna manera es también la culminación de los esfuerzos que se habían iniciado bajo la coordinación de García Canclini, cuya reflexión aparece al comienzo del libro como una suerte de introducción teórica, titulada “El consumo cultural: una propuesta teórica”.

Sin pretensión de exhaustividad, hemos marcado hasta aquí algunos de los trabajos más importantes en el área de la sociología de las prácticas culturales, englobados como estudios del consumo.⁴ La propuesta teórica y política a la vez de estos trabajos fue pensar la ampliación de los consumos culturales en clave de ciudadanía y en articulación con una concepción democrática –y democratizadora– de las políticas culturales. En su mayoría, fueron trabajos que se encontraban con una flagrante ausencia de datos y que se ocupaban, en consecuencia, de producir descripciones sistemáticas sobre los lectores, audiencias de medios, espectadores de cine y teatro, asistentes a conciertos y museos, a ferias y otros espacios. Presentaban también hipótesis, tipologías de consumidores e interpretaciones teóricas, como hemos señalado, pero había allí sobre todo un gesto de producción del saber sobre un área que resultaba casi desconocida. Este aspecto cambió drásticamente en los años siguientes.

Alrededor de los años 2000, en varios países latinoamericanos se comenzaron a elaborar estudios sistemáticos sobre los consumos culturales de la población. Como recuerda Quevedo (2007), en Chile se crea en 2003 un Comité de Estadísticas Culturales; en Argentina, se crea en 2004 el Sistema Nacional de Consumos Culturales y comienzan a realizarse Encuestas Nacionales de Consumos Culturales (disponibles online en <https://www.sinca.gob.ar/>); en Colombia el Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE) ya realizaba encuestas periódicas sobre consumos culturales, y moderniza sus estrategias metodológicas, disponibilizando online los microdatos; en Uruguay se hizo en 2002 una investigación sobre Imaginarios y Consumos Culturales; en México ha sido CONACULTA la encargada de realizar una Encuesta Nacional de Consumo Cultural. Estas iniciativas permitieron tener registros sobre asistencia a espectáculos, museos, cines, teatro, conciertos; sobre consumos de medios (radio, televisión, prensa); gastos en cultura, y más recientemente, sobre acceso y uso de Internet, consumos en *streaming*, usos del celular y equipamiento tecnológico de los hogares.

En Argentina, en los últimos años Ana Wortman y su equipo de investigación –con sede en el Instituto Gino Germani, de la UBA– ha realizado un conjunto de trabajos que se abocan al análisis de la cultura de consumo, las clases medias, los intermediarios culturales y los hábitos de uso del tiempo libre. Destacamos en particular *Consumos culturales en Buenos Aires: una aproximación a procesos sociales contemporáneos*, en el que se analizan los resultados de una encuesta propia realizada a sujetos de distintos niveles socioeconómicos (bajo, medio y alto). La lectura e interpretación de los datos emplea conceptos bourdeanos como *habitus*, principio de conformidad, gusto de necesidad, realismo de las clases populares (Wortman, 2015). En otro trabajo relevante, se estudió en forma comparada el capital cultural en Argentina, Chile y Uruguay (Gayo, Méndez, Radakovich y Wortman, 2011).

4 Hemos dejado de lado, intencionalmente, la tradición de estudios de audiencias y recepción de medios, que si bien se integra con los estudios de consumos culturales, forma un campo de interlocución específico y ya ha sido revisado por Grimson y Varela (1998) y más recientemente, por Grillo, Benítez Larghi y Papalini (2016).

Ahora bien, la investigación sobre prácticas y consumos culturales se instaló en América Latina, tiene ya un robusto cuerpo de antecedentes teóricos y empíricos, y continúa vigente. Sin embargo, el balance no es totalmente positivo, ya que “los estudios no han tenido una continuidad que permita ir más allá de la fotografía de cada momento específico en que fueron realizados, para poder establecer series longitudinales, ponderar tendencias a mediano o largo plazo, y sacar conclusiones más generales” (Wortman y Bayardo, 2012: 18). También, es notoria la dificultad de articulación entre los estudios cuantitativos, basados en encuestas (tanto los del SINCA como los académicos) y los estudios cualitativos, basados en entrevistas en profundidad, historias de vida o etnografías.

En Argentina, el desarrollo de la investigación sobre prácticas y consumos culturales, en el ámbito de la sociología de la cultura, se vio enriquecido con una pluralización de los objetos de análisis más allá del repertorio tradicional que se centraba en las prácticas de consumo mediático y en las artes o espectáculos. Así, podríamos referirnos a los análisis de la moda, los deportes, la gastronomía, los comics, los videojuegos, como ámbitos de las prácticas culturales que pasaron a tematizarse. Pero esta riqueza de la sociología de la cultura contemporánea a su vez fue correlativa a una cierta fragmentación de la mirada, a una especialización y recorte del objeto que por momentos hizo olvidar que en la vida cotidiana esos universos y prácticas se cruzan y enhebran de forma constante, se entrelazan con otras dimensiones como la economía, la política o la ideología.

La agenda contemporánea: políticas, prácticas y consumos culturales

En la actualidad, los estudios sobre consumos culturales están atravesando al mismo tiempo un cierto auge y una transformación tanto teórica como metodológica, correlativa a los profundos cambios que se verificaron, en pocos años, en el ecosistema de las prácticas culturales. No solo se ha transformado el objeto de estudio, con la cultura de la convergencia y las tecnologías digitales, sino que también se están renovando continuamente los paradigmas teóricos y los diseños metodológicos en la forma de abordar las prácticas culturales por parte de las ciencias sociales.

En principio, aunque continúe siendo relevante analizar a las prácticas culturales en relación con la distinción social y con la reproducción de desigualdades –sosteniendo así lo más rico del legado bourdeano– aparecen una serie de cuestiones que van “más allá de la distinción”, como señalan en un dossier reciente los brasileños María Celeste Mira y Edison Ricardo Bertoncello (2019). La reciente publicación del dossier titulado “Más allá de la distinción: condicionantes sociales del gusto y disputas simbólicas en la contemporaneidad”, coordinado por María Celeste Mira y Edison Ricardo Bertoncello, en la revista *Estudos de Sociologia* de la Universidad Estadual Paulista (UNESP) muestra un abanico de intervenciones que buscan nuevas herramientas teóricas y metodológicas para analizar hoy los gustos y los consumos en los que el componente simbólico es predominante. Aun dentro del paradigma bourdeano, se incorporan nuevas preguntas por la globalización, el cosmopolitismo y la diferencia cultural (Michetti, 2019); por la singularización de los habitus en las trayectorias de sujetos de sectores populares (de Castro, 2019) y se apuesta por una historia cultural transnacional de la conformación de ciertos habitus (Nery, 2019).

Más allá de la pregunta por la distinción aparecen nuevos interrogantes que incorporan la dimensión del placer, del goce y de las emociones. En cierto sentido, la sociología de la cultura pareciera reconocer que hay procesos de distinción que operan a través de las prácticas culturales, pero ya no es suficiente seguir verificando una hipótesis conocida, sino que resulta relevante preguntarse qué otros procesos ocurren en las prácticas culturales. También hay sujetos que sienten placer, que se divierten (o se aburren), que se emocionan a través de sus prácticas culturales. Y son sujetos con cuerpos: el trabajo de Claudio Benzecry, *El fanático de la ópera*, presenta un tipo de indagación que combina estas agendas novedosas del abordaje de los consumos culturales más allá –aunque sin olvidar– la distinción. Los fanáticos de la ópera gozan con sus prácticas de afición, con todo el cuerpo, con su gestualidad y con sus sensaciones.

La nueva agenda de los estudios sociales de las prácticas y consumos culturales se caracteriza por: a) incorporar nuevas preguntas que, más allá de la distinción, se interrogan por las emociones, el goce y el placer de los practicantes culturales, con especial atención a la dimensión corporal y sensual de sus prácticas; b) problematizar los cambios de las prácticas culturales con la aparición y auge de las tecnologías digitales; c) atender y visibilizar la cuestión del género en relación con las prácticas culturales, por sí mismo o en asociación con la clase social o la raza,⁵ siguiendo el enfoque de la interseccionalidad; d) entender al consumo y las prácticas culturales como procesos sociales moldeados por la configuración de la oferta cultural, por ciertas sociabilidades, por políticas culturales; e) sin olvidar que son prácticas reflexivas y que a su vez, contribuyen a delinear esas producciones culturales; f) un incipiente interés en estudiar estos fenómenos en sitios descentrados y habitualmente descuidados por la sociología de la cultura, como las ciudades periféricas y no metropolitanas; g) una prevalencia de metodologías cualitativas, especialmente la observación etnográfica, en combinación con entrevistas y, en ocasiones, recurriendo también a datos cuantitativos; h) un énfasis en el carácter múltiple de las prácticas culturales, que se producen en combinaciones que suelen incluir la participación de los sujetos como practicantes culturales en diversos universos estéticos.

El recorrido del dossier

El presente dossier reúne trabajos sobre aficiones musicales, sobre el rol del público en el teatro, sobre los trabajadores de políticas culturales, sobre los consumos culturales en ciudades no metropolitanas, sobre la generización de ciertas prácticas culturales y sobre la gastronomía como objeto de políticas culturales. En todos los casos, se trata de artículos de investigación que ponen en tensión las discusiones teóricas sobre consumos culturales, distinción y clases sociales introduciendo nuevas problemáticas a partir de trabajos sólidos y sistemáticos de construcción del abordaje empírico.

El dossier se abre con un artículo de Nicolás Aliano sobre la formación de los gustos musicales en relación con las trayectorias de vida, en una perspectiva que discute los alineamientos directos entre clase social y estilo de vida, recurriendo a los aportes de Bernard Lahire, de Antoine

⁵ En cuanto a los trabajos que indagan las prácticas y los consumos culturales en Argentina, en contraste con los de la academia brasileña, resulta llamativa la ausencia de consideración de la etnia y la raza como dimensiones relevantes. Por razones de espacio, no podemos desarrollar aquí esta cuestión, que merecería un estudio aparte.

Hennion y de Richard Peterson. En este sentido, el trabajo de Aliano se sitúa en el debate que ha suscitado la teoría del omnivorismo, al proponer que en la época actual emerge un “nuevo tipo de consumidor cultural” caracterizado por la amplitud de sus gustos. El artículo aporta una discusión que tensiona los supuestos de la teoría del omnivorismo a través del análisis de trayectorias biográficas de dos mujeres jóvenes que, viniendo de una escucha privilegiada del rock, devienen “omnívoras”. La perspectiva cualitativa con la que Aliano aborda estas trayectorias le permite dar cuenta de las motivaciones, de las prácticas y de los distintos actores y objetos que intervienen en la elaboración del gusto musical. En el despliegue de las biografías musicales de las jóvenes, un punto interesante del trabajo es que muestra la variabilidad de los gustos a lo largo de la vida, complejizando así la discusión sobre las aficiones culturales. Por último, en las reflexiones finales Aliano indica que el cuestionamiento de la tesis bourdeana de la homología estructural entre posiciones sociales y estilos de vida no debería llevarnos a abandonar la pregunta por el anclaje social de las prácticas culturales, sino más bien a reformularla. La clave de la forma en que se piensa esa articulación de lo social y lo cultural se encuentra en una mirada sobre la clase social como experiencia diacrónica, interactiva y compleja, y ya no como una “posición”.

A continuación, el artículo de Sebastián Benítez Larghi y Carolina Duek analiza los procesos de socialización en las infancias contemporáneas, mediados por las tecnologías digitales y moldeados por las categorías del sistema binario de género. En su trabajo utilizan tecnobiografías de niños de entre 9 y 11 años de edad, en las cuales reconstruyen los modos de acceso, uso y apropiación de las tecnologías, en contextos de sociabilidad marcados por la interacción con los grupos de pares. Un aspecto muy relevante de este trabajo es el carácter federal del diseño del trabajo de campo, que incluyó entrevistas, observaciones y grupos focales realizados en seis regiones de la Argentina. En su análisis, los autores señalan que los niños y niñas utilizan intensivamente las tecnologías digitales en sus vidas cotidianas para gestionar sus prácticas de sociabilidad y como vía para múltiples consumos culturales digitales, como videos musicales, Youtubers, videojuegos, etc. En la elección de los contenidos culturales que consumen aparece como elemento clave la representación de roles de género, que organiza tanto las narrativas como las prácticas. Según los autores, los estereotipos de género constituyen límites a lo que los niños y niñas pueden hacer online, de modo tal que se verifican patrones de conducta muy diferenciados en torno a las preferencias por tipos de juegos, actividades y plataformas.

El trabajo de Marina Ollari también se ocupa de los consumos mediáticos y de las formas de acceso a la información, en un ecosistema crecientemente digital, pero en su caso trabaja con jóvenes de mayor edad y que residen en una villa de la Ciudad de Buenos Aires. Ollari propone entender el acceso y uso de noticias e información como una forma de consumo cultural, lo que implica introducir nociones de pertinencia, relevancia y contexto de interpretación de los mensajes. Desde la perspectiva tradicional, que mide frecuencia de consumo de diarios, radio, televisión y portales de noticias, los jóvenes serían “desinformados” porque casi no utilizan este tipo de medios de comunicación. Sin embargo, la indagación etnográfica de Ollari muestra que los jóvenes practican otras modalidades de acceso a la información, en particular la que se refiere a su localidad: la comunicación cara a cara es muy importante, las redes sociales y la remediación de las noticias aplicando filtros que les permiten acceder a la información socialmente pertinente para ellos.

En otro tipo de análisis, el trabajo de Mariel de Vita y Paula Rosa se ocupa de una política cultural urbana de los últimos años: la creación de patios gastronómicos en la Ciudad de Buenos Aires. El gobierno porteño, a través de una iniciativa más general que se dio a conocer como #BACapitalGastronómica, creó entre otros el Patio de los Lecheros y el Patio de Parque Patricios, en los que se ofrece la venta de bebidas y comidas, así como propuestas culturales variadas. Según las autoras, esta intervención produce sentidos sobre los sitios en donde se ubican los patios, los barrios y sus historias, utilizando la identidad barrial como una suerte de mercancía. La propuesta de pensar esta política urbana como una manera de fomentar el consumo de la ciudad resulta muy atractiva, pues les permite articular las ideas de consumo cultural y urbanismo, al mismo tiempo que llama la atención hacia la articulación de lógicas públicas y privadas. Se trata, así, de una cierta forma de “hacer ciudad” que las autoras identifican como neoliberal por el aprovechamiento privado de los recursos públicos.

El trabajo de Paula Simonetti analiza las políticas culturales de inclusión social a partir de hacer eje en los trabajadores que desarrollan sus tareas en esos ámbitos, utilizando como material empírico una encuesta y un conjunto de entrevistas realizadas en Argentina y Uruguay. Según señala, el trabajo cultural se caracteriza por la pluralidad de perfiles que presentan los trabajadores (docentes, artistas, educadores, gestores, entre otros), por la precariedad de sus condiciones laborales y por ciertas ambivalencias en sus percepciones acerca del trabajo cultural. La trayectoria de los trabajadores que se insertan en estas políticas pareciera incidir en sus modos de pensar la articulación entre arte, políticas culturales e vulnerabilidad social. Como señala Simonetti, los trabajadores con un perfil artístico tienden a concebir a la cultura como derecho, mientras que aquellos que tienen trayectorias más ligadas a la docencia, entienden a las prácticas artístico-culturales como herramientas con fines pedagógicos o de inclusión social. Así, las tensiones que supone la articulación de arte, cultura y trabajo sirven como lente analítico para este artículo, que se destaca en su propuesta de examinar los sentidos que se construyen en torno de las políticas socioculturales.

La originalidad del trabajo de Pablo Salas Tonello se encuentra en su enfoque del público de teatro a través del modo en que este incide en las percepciones, experiencias y evaluaciones de los artistas del teatro sobre sí mismos. Invirtiendo la perspectiva habitual, en la que se tiende a buscar los efectos del arte en sus espectadores, en este caso el objetivo ha sido el de pensar cómo el público afecta a los artistas. Desde la perspectiva de la fenomenología social y el interaccionismo simbólico, Salas Tonello desarrolla un trabajo de campo con entrevistas en profundidad realizadas a un conjunto de teatristas tucumanos, algunos de ellos residentes en Tucumán y otros en Buenos Aires. En su análisis, el autor postula que el público de teatro puede entenderse como un “otro significativo” y se propone analizar cuál es su papel en la elaboración subjetiva que hacen sobre sí mismos los actores, dramaturgos y directores de teatro, destacando el papel de las emociones y de las vivencias del cuerpo. El autor se pregunta cómo es imaginado o percibido el público por parte de los teatristas, en qué medida incorporan las reacciones del público a su evaluación de su propia performance y cómo incide en esta relación entre artistas y públicos la configuración cultural en la que se insertan. A través de diversos relatos, muestra que los artistas se apoyan en el público -especialmente si es masivo, anónimo y paga entrada- para reducir la incertidumbre constitutiva de su actividad, construyendo así su

seguridad, confianza y reputación. De esta manera, el análisis le permite al autor señalar que el público no solo incide, desde la propia reflexión de los teatristas, como un actante que ayuda a construir la calidad de la performance de la obra teatral, sino que también es a través de la consecución de ese público que los teatristas reconocen su propia profesionalización.

El trabajo de Melina Fischer se interroga también por la relación entre oferta cultural, prácticas y consumos de los públicos, en un análisis que toma por objeto a la ciudad de Villa Gesell, en la costa argentina. En este sentido, comparte con el trabajo de Salas Tonello el productivo gesto de desplazar la atención de la zona metropolitana, que suele concentrar la mayor parte de las miradas de las ciencias sociales, hacia una ciudad más periférica, de menor tamaño y con la particularidad de que su oferta cultural es estacional. Asimismo, el trabajo de Fischer complejiza la lógica de las Encuestas Nacionales de Consumos Culturales al aportar una mirada abierta sobre lo que constituye “cultura”, y al incorporar diversas interpretaciones que la autora recoge en su trabajo de campo.

Todos los trabajos aquí reunidos aportan miradas que parten de estudios empíricos referidos a prácticas, consumos y políticas culturales más o menos contemporáneos localizados en la Argentina, aunque los recortes espaciales son múltiples y dan cuenta de uno de los aspectos originales del dossier. Desde diferentes perspectivas teóricas y con metodologías diversas, se construyen análisis que dan cuenta de los entrelazamientos de subjetividades, prácticas e instituciones. Los modos de conceptualizar y nombrar a las prácticas y consumos culturales son heterogéneos, pues se ven atravesados, como dijéramos más arriba, por cierto malestar –teóricamente productivo– con las categorías de uso más corriente.

Bibliografía

- Baranger, D. (2008). “La recepción de Bourdieu en Argentina y en Brasil”, *V Jornadas de Sociología de la UNLP*, en Memoria Académica.
- Becker, H. (2008) [1982]. *Los mundos del arte. Sociología del trabajo artístico*. Bernal: UNQ.
- (2011). *El jazz en acción. La dinámica de los músicos en el escenario*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Benzecry, C. (comp) (2012): *Hacia una nueva sociología cultural. Mapas, dramas, actos y prácticas*. Bernal: UNQ.
- Bourdieu, P. (1988): *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Catalán, C. y Sunkel, G (1990): *Consumo cultural en Chile: la elite, lo masivo y lo popular*. Chile: FLACSO. Documento de Trabajo 455, mimeo.
- Ciccheli, V. y Octubre, S. (2017): *Aesthetico-cultural Cosmopolitanism and French Youth. The Taste of the World*. Palgrave MacMillian.
- De Certeau, M. (1996). *La Invención de lo Cotidiano I. Artes de Hacer*. México: Universidad Iberoamericana.
- DiMaggio, P. (1987). “Classification in Art”, *American Sociological Review*, 52, 440-455.
- Douglas, M., e Isherwood, B. (1979) *El Mundo de los Bienes. Hacia una antropología del consumo*. México: Editorial Grijalbo.
- Duval, J. (2016): “Multiple Correspondence Analysis”, en Inglis, D. y Almila, A. (eds). *The SAGE Handbook of Cultural Sociology*. London: SAGE.
- García Canclini, N. (1993). *El consumo cultural en México*. México: CNCA.

- (1999). “El consumo cultural: una propuesta teórica” en Sunkel, G. (comp). *El consumo cultural en América Latina. Construcción teórica y líneas de investigación*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- Gayo, M.; Méndez, M.L., Radakovitch, R. y Wortman, A. (2011): *Consumo cultural y desigualdad de clase, género y edad: un estudio comparado en Argentina, Chile y Uruguay*. Madrid: Fundación Carolina.
- González, L. (2018): “Contribuciones al estudio de los consumos culturales. Del aporte de Bourdieu a perspectivas más recientes”, *Prácticas de oficio*, 21(1), 114-123.
- Grignon, C. y Passeron, J.C. (1992). *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y literatura*. Madrid: La Piqueta.
- Grillo, M.; Benítez Larghi, S., y Papalini, V. (coords) (2016): *Estudios sobre consumos culturales en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: CLACSO.
- Grimson, A. y Varela, M (1999): *Audiencias, cultura y poder*. Buenos Aires: Eudeba.
- Highmore, Ben (2016): “Social aesthetics”, en Hall, J.R.; Grindstaff, L. y Lo, M.C. (eds). *Handbook of Cultural Sociology*. London: Routledge, 155-164.
- Lahire, B. (2004) [1998]. *El hombre plural. Los resortes de la acción*. Barcelona: Bellaterra.
- (2007). “Indivíduo e Mistura de Gêneros: Dissonâncias Culturais e Distinção de Si”, *Dados. Revista de Ciências Sociais*, 50(4), 795-825.
- Landi, O., A. Vachieri, y A. Quevedo (1990). *Públicos y consumos culturales en Buenos Aires*. Buenos Aires: CEDES.
- Meuleman, R. y Savage, M. (2013). “A field analysis of cosmopolitan taste. Lessons from Netherlands”, *Cultural Sociology*, 7(2), 230-156.
- Peterson, R. A. y Kern, R. M. (1996). “Changing Highbrow Taste: From Snob to Omnivore.” *American Sociological Review* 61(5): 900-909.
- Quevedo, L.A. (2007): “Consumos y prácticas culturales en América Latina”, *Indicadores Culturales*. UNTREF.
- Rosas Mantecón, A. (2002): “Los estudios sobre consumo cultural en México”, en Mato, D. (comp). *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*. BsAs: CLACSO.
- Saint Martin, Monique (2015): “From ‘Anatomie du gout’ to La Distinction. Attempting to construct the social space. Some markers for the history of the research”, en Coulangeon, P. y Duval, J. (eds). *The Routledge Companion to Bourdieu’s Distinction*. New York: Taylor & Francis.
- Sapiro, Gisèle (2016): “Bourdieu’s Sociology of Culture: On the Economy of Symbolic Goods” en Inglis, D y Almila, A (op.cit), 91-104.
- Warde, A. et al (1999): “Consumption and the problem of variety: cultural omnivorousness, social distinction, and dining out”, *Sociology*, 33(1), 105-127.
- Wright, D. (2006): “Cultural consumption and cultural omnivorousness”, en Inglis, D y Almila, A (op.cit), 567-577.
- Wortman, Ana et al (2015). *Consumos culturales en Buenos Aires: una aproximación a procesos sociales contemporáneos*. Buenos Aires: IIGG/UBA.
- Zavisca, J. (2005): “The status of cultural omnivorismo: a case study of reading in Russia”, *Social Forces*, 84(2), 1233-1255.